

CULTURA, CONSUMO Y AMBIENTE. LA RESPUESTA EDUCATIVA

Pardo, Alberto

1998

Alberto Pardo es consultor de educación ambiental y profesor del Master en educación ambiental de la UNED-FUE

Queda autorizada la reproducción de este artículo, siempre que se cite la fuente, quedando excluida la realización de obras derivadas de él y la explotación comercial de cualquier tipo. El CENEAM no se responsabiliza del uso que pueda hacerse en contra de los derechos de autor protegidos por la ley. El Boletín Carpeta Informativa del CENEAM, en el que se incluye este artículo, se encuentra bajo una Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0](#)



Si entramos en una perspectiva histórica, el enorme "éxito" de nuestra especie comparado con el de otros mamíferos, y que podría reflejarse en la distribución mundial, la relativa independencia del medio ambiente y el cierto grado de bienestar de los seres humanos, se debe al elevado grado de desarrollo cultural. La cultura, entendida como un sistema de conocimientos, comportamientos y utensilios que son transmitidos de unos seres a otros, ha supuesto y supone un medio de adaptación de los seres humanos, permitiéndoles una comunicación y modificación del entorno.

Tradicionalmente, en los diversos grupos culturales, han existido mecanismos reguladores que han tendido a ajustar las relaciones del ser humano con su entorno, o a corregir el uso desestabilizador de los recursos naturales.

Durante la mayor parte de la prehistoria, cuando el número de seres humanos era bajo, así como su densidad, éstos se adaptaron al medio ambiente mediante estrategias de tipo biológico y de comportamiento, sin causar grandes modificaciones en los ecosistemas, con una intensidad de transformación equiparable a la de otros animales. Pero pronto empezaron a verse las tendencias en la evolución humana que han hecho posible el reciente y espectacular desarrollo tecnológico actual: la capacidad de transportar y almacenar comida y combustible. Ello ha conducido al crecimiento acelerado de la población, apoyado en una mejora en aspectos médico-sanitarios y en la alimentación; a la sobreexplotación de todo tipo de recursos naturales para mantener una mayor población que los consume; y a la contaminación de nuestro ambiente, como resultado de todos los procesos de producción, transporte, CONSUMO y vertido.

Sin embargo, las presumibles mejoras para la humanidad sólo son disfrutadas por una parte de la misma, enmarañada en un sistema de relaciones desajustado, que nos obliga a intentar un cierto análisis interpretativo del porqué de esta situación, partiendo de que el ser humano se encuentra inmerso en una intrincada red, constituida de sistemas (Kassas, M., 1989).

Uno de los sistemas o esferas en las que el ser humano se encuentra inmerso es la Biosfera. Este gran sistema de partes funcionales e interdependientes comprende una delgada zona de la Tierra, en la que se incluyen las capas bajas de la atmósfera, los estratos superiores de la litosfera y la hidrosfera, y los seres vivos, incluida la especie humana, interactuando entre sí y con el ambiente.

En segundo lugar estaría la Sociosfera, o sistema artificial de instituciones desarrollado por el ser humano, para gestionar las relaciones de la comunidad y con los otros sistemas. Este sistema -suma de instituciones sociopolíticas, socioeconómicas y socioculturales de la sociedad- ha evolucionado a lo largo de siglos de historia. Por otra parte, las relaciones con otros sistemas, y en particular con la Biosfera, se llevan a cabo a través de estructuras concretas.

Algunas de dichas estructuras constituyen la Tecnosfera, como un sistema creado por el ser humano y sometido a su control. Comprendería los asentamientos humanos de aldeas y ciudades, centros industriales y de energía, redes de transporte y comunicación, canales y vías fluviales, explotaciones agrícolas, etc. Es un sistema bajo el control humano inmediato, y su historia es contemporánea. Aunque construido en el interior de la Biosfera, es extraño a ella y a sus procesos, razón por la cual la Biosfera deja en ocasiones sentir su dominio sobre la Tecnosfera, merced a las catástrofes naturales, de efectos devastadores.

Entre estos tres sistemas existen múltiples interrelaciones, siendo la problemática ambiental actual consecuencia de un desajuste entre ellas: la Sociosfera presiona a la Biosfera con una enorme población ávida de recursos y que, después de utilizarlos, devuelve desechos no asimilables por la Biosfera, que se ve así amenazada; lo mismo hace la Tecnosfera, a modo de brazo articulado de la Sociosfera. Ya se ha comprobado, por ello, que de nada sirven los ajustes tecnológicos sin más, porque lo que debe cambiar es la Sociosfera, es decir, el marco de relaciones.

La supervivencia de la Biosfera y de nuestra propia especie depende, por tanto, del grado de equilibrio -entendido éste como dinámico y adaptable a las circunstancias venideras-, que el ser humano consiga alcanzar en las relaciones de las tres esferas en las que está implicado.

En el mismo sentido, los problemas que catalogamos como ambientales, y que afectan a la Biosfera (agotamiento de los recursos, cambios en la atmósfera, recalentamiento en el Planeta, degradación de la cubierta vegetal, contaminación de las aguas, extinción de especies...), no serían sino efectos o síntomas de los verdaderos problemas, más profundos y estructurales, que se dan en el plano de la



Sociosfera: la generación de residuos tóxicos y peligrosos, la alta industrialización en los países desarrollados, los gastos en armamento, los desplazamientos masivos de la población, la pérdida del patrimonio y de la diversidad cultural...

Para muchos, todos estos problemas pueden tal vez sintetizarse en uno: el problema de la utilización de energía y recursos en los países desarrollados, como consecuencia del CONSUMO desproporcionado, mientras los demás países destinan los suyos al pago de la deuda externa.

El CONSUMO es, por tanto y para muchos, el principal agente destructor del Planeta. Aunque tiene su origen en la cultura occidental, y es en realidad un concepto occidental, se extiende progresivamente al resto del mundo, que se va así "consumiendo". Y este "consumo del mundo" no afecta sólo a los recursos materiales y energéticos, sino que incluye también formas de vida y culturas. De ahí que su solución no pueda venir de la mano de la ciencia o la tecnología.

Esta primera gran consideración supone, en cualquier caso, un cambio de perspectiva en el enfoque de los problemas ambientales, cuyo análisis ya no puede hacerse desde planteamiento simples y unidireccionales, sino desde una reflexión sobre la verdadera dimensión de los mismos. Ello nos conducirá a plantearnos algunos interrogantes:

- ¿Es válido nuestro sistema de relaciones a nivel planetario?
- ¿Comprendemos las complicadas interrelaciones de los fenómenos naturales y sociales?
- ¿Utilizamos y repartimos adecuadamente los recursos disponibles del Planeta?
- ¿Cómo es nuestra relación con la Naturaleza y la Biosfera en general?
- ¿Pueden unos pueblos dominar a otros?
- ¿No seguimos una ética demasiado antropocéntrica y egoísta?

La sociedad en general, y no sólo la escuela, deberá meditar sobre todos estos interrogantes para, de cara a nuestro futuro común, buscar soluciones alternativas para una sociedad viable y en equilibrio con su entorno, que es también el equilibrio entre las tres esferas mencionadas: Biosfera, Tecnosfera, Sociosfera.

Podemos avanzar ya algunas consideraciones de orden general que podrían guiar la construcción de esta sociedad nueva, planteadas desde la posición de los países desarrollados. Así, en primer lugar, la adopción de un estilo de vida más sencillo y solidario, en el que lo deseable sea progresivamente sustituido por lo realmente necesario (distinguir las necesidades de "las necesidades" que diría el economista Luis Jiménez), junto a la consideración global de la problemática ambiental o la internalización de los costes ambientales, empezando por los que generamos como individuos, en nuestras tareas cotidianas. Junto a ello, y en un plano más institucional, sería de esperar la evolución política de la toma de decisiones y un nuevo modelo de desarrollo. Estas serían algo así como las medidas para una primera CURA DE URGENCIA, recogidas en foros tan recientes como la Conferencia sobre Sociedad y Medio Ambiente (Salónica, diciembre 97):

"Para alcanzar el objetivo de viabilidad, un inmenso trabajo de coordinación y de integración de esfuerzos es necesario, en un cierto número de sectores clave, así como una modificación rápida y radical de los comportamientos y modos de vida, incluyendo una evolución de los hábitos de producción y consumo." (Apartado 6º de la Declaración de Salónica).

"Un proceso de aprendizaje colectivo, la constitución de colaboradores, una participación sobre un plano de igualdad y un diálogo permanente entre los poderes públicos, las colectividades locales, los medios universitarios, las empresas, los consumidores, las ONGs, los media y otros protagonistas, son indispensables para elevar la conciencia, buscar soluciones de recambio y modificar los comportamientos y modos de vida, incluidos los hábitos de producción y consumo, en el sentido de la viabilidad." (Apartado 8º de la Declaración de Salónica).

Sin embargo, más allá de estas consideraciones "operativas", es preciso seguir reflexionando sobre el verdadero alcance de la cuestión...

Y la reflexión nos conduce, en un segundo nivel, a indagar sobre la idea de CONSUMO. ¿Qué es, en realidad, el consumo? ¿Es realmente la causa última de nuestra relación desajustada con el medio ambiente? ¿O es también un efecto? Y, si es así, ¿cuál es su causa profunda? Hace un momento me he referido ya al consumo como concepto-plaga occidental.



Quizás lo más destacado del racionalismo, o uno de sus más importantes aspectos, es la consideración del orden como principio y como valor, cuyo símbolo es -sigue siendo- la técnica. Esta característica profunda influye tremendamente en una serie de comportamientos a gran escala, estructuradores de la vida humana, como son las concepciones sociales y de poder, las concepciones espaciales, económicas y, cómo no, la propia concepción del medio ambiente. Por no hablar de la concepción de las concepciones: la filosofía y la educación.

Y en este marco se debe situar el CONSUMO: un permanente EJERCICIO DE PODER, en una sociedad cada día más desestructurada, pero que necesita de ese ejercicio de poder en sus individuos para reconocerse: consumo individual de bienes y servicios, consumo general de recursos naturales, consumo de unos grupos humanos por parte de otros, consumo de minorías étnicas por parte de las mayorías, consumo de unas naciones por parte de otras...

En suma, y para concluir, la sociedad de consumo es un producto o característica de un determinado tipo de civilización, asentada sobre unos valores determinados, que tienen su asiento -en buena parte al menos- en el racionalismo mecanicista y en la cultura del pensamiento científico utilitarista.

Este pensamiento ha provocado una ruptura entre el ser humano occidental y su medio ambiente, y de la propia cultura occidental con las demás culturas, a las que trata de dominar y consumir. No en vano, siguen existiendo dos grandes MITOS en el occidente moderno: la conquista de la Naturaleza-objeto, y el falso infinito del crecimiento y el desarrollo.

El principio del poder -o el poder como principio- está en la base del instinto supuestamente liberador del ser humano occidental, para responder a las angustias de la individuación, y ese principio inspira actitudes y prácticas de consumo. De ahí que las soluciones superficiales no sirvan para resolver la situación de crisis en la que nos encontramos.

Las soluciones superficiales o inmediatas, a las que nos hemos referido anteriormente (como la adopción de un estilo de vida más solidario, o la internalización de los costes ambientales individuales), deben ir acompañadas de una revisión más profunda, en el marco del paradigma biocéntrico y de la complejidad, que inspire nuevos principios y nuevos valores. Y aquí entraría la educación.

La RESPUESTA EDUCATIVA habrá de venir, forzosamente, por el necesario cambio de valores, que es un cambio en profundidad, y ahí está la verdadera batalla, la batalla a largo plazo. Algo de esto avanzábamos hace algunos años, cuando publicábamos con el CIDE la "Respuesta Educativa a la Crisis Ambiental" (precisamente), en 1990. ¿Para qué la educación ambiental?, decíamos... "La respuesta que cada grupo humano dé a esta pregunta estará condicionada por la realidad económica, social y ecológica de la que parte, y de los objetivos que se ha fijado para su desarrollo..."

En las palabras anteriores se encontraba ya inmersa una idea esencial: la educación ambiental desde un enfoque sistémico e integrador, que tuviera en cuenta todas las perspectivas posibles (económica, social, ecológica...) en la lectura e interpretación del medio ambiente. Sabíamos ya por aquel entonces que cualquier otra cosa no haría sino reforzar el pensamiento disciplinario, acotado y segregador que, en lo que a la educación ambiental se refiere, suele traducirse por un estudio más o menos descriptivo de la Naturaleza y sus leyes.

El enfoque sistémico, además de tener unas implicaciones evidentes en el campo de la praxis, nos recuerda que el sistema educativo (ambientalizado o no) no es sino un subsistema del sistema social, más amplio, que lo acoge, y con el que interacciona para bien o para mal: para bien, contribuyendo a su renovación permanente; para mal, reforzando sus posiciones anacrónicas o injustas (en cualquier caso, esta reflexión tiene ya su asiento en el paradigma ambientalista).

Lo anterior nos conecta con otra característica importante de la educación ambiental y de su transversalidad: el triple carácter de dicha transversalidad, que no puede reducirse a la dimensión pedagógica, sino que va más allá. Es más, la transversalidad pedagógica difícilmente puede desarrollarse sin una cierta transversalidad conceptual y también social. La primera, merced a una permanente conceptualización interdisciplinaria de la realidad observable. La segunda, a través de una permanente implicación interinstitucional, que hace que la educación ambiental no deba ser patrimonio exclusivo del sistema (institución) educativo. Y también, por supuesto, que cualquier actuación en este sistema, no deba entrar en contradicción con el contexto social más amplio que lo envuelve y determina. Por desgracia, hay muchos ejemplos que nos demuestran que esto no es así.



En cualquier caso, la gravedad y complejidad de los problemas ambientales, justifica y reclama un mayor desarrollo de la transversalidad institucional y conceptual, que constituyan bases suficientemente sólidas al desarrollo de la dimensión pedagógica.

Todas estas consideraciones, y otras que podríamos añadir, sitúan a la educación ambiental en la encrucijada de constituir un puente -tal vez largo todavía- hacia una recuperación del sentido mismo de la educación, es decir, hacia un medio ambiente que en verdad sea educativo. Y esta sería, de lograrse, una respuesta educativa suficientemente válida ante la crisis que nos aqueja y que, como hemos visto al principio, es mucho más que la expresión de unas determinadas pautas de comportamiento que rompan el círculo de la sociedad de consumo.

Dice Morín que la vida humana está entretejida de prosa y poesía, como dos estados separados: el estado primario o prosaico, que corresponde a las actividades racionales/empíricas, y un segundo estado, que es el estado poético, al que se accede a través del amor y de las artes. En las sociedades arcaicas existían estrechas relaciones entre ambos estados. Las civilizaciones tradicionales vivían en la alternancia. La civilización occidental los ha definitivamente separado. Prueba de ello es la separación entre las ciencias y las letras, de nuestra cultura educativa.

La respuesta educativa a la crisis ambiental ha de lograr reconciliar ambas mitades, si quiere reconciliar al ser humano con la Naturaleza, al Norte con el Sur, a un sexo con el otro sexo, y a tantas expresiones actuales del "gran estado dicotómico" en el que subsistimos, dicotomía que alcanza a todos los aspectos de la existencia (tener frente a ser).

Reconciliación, en suma, con nosotros mismos en el mundo que nos acoge.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y DOCUMENTALES

- **COLOM y SUREDA.** La lectura pedagógica de la educación ambiental. En: Martín Sosa, N. (1995): Sujeto, Ambiente y Sistema. Amarú Ediciones.
- **KASSAS, M. y POLUNIN N.** (1989). Los tres sistemas y el ser humano. Env. Cons. Tomo 16: 7-11.
- **MARTIN-SOSA, N.** (1990). Ética ecológica. Ed. Libertarias. Madrid.
- **MORÍN, E.** (1993). Tierra Patria. Kairós. Barcelona.
- **PARDO y otros** (1990). Respuesta Educativa a la Crisis Ambiental. CIDE. Madrid.
- **PARDO, A.** (1995). La Educación Ambiental como Proyecto. HORSORI-ICE de la Universidad de Barcelona.
- **UNESCO** (1997): Medio Ambiente y Sociedad: Educación y Sensibilización del Público. Declaración Final. Salónica (Grecia).